

Noticias de la Fraternidad

Retiros de verano, Francia



El 28 de julio y 18 de agosto, la Fraternidad organizó dos jornadas de retiro espiritual en la Viña de La Castille, en la localidad de Solliès-Ville, al sur de Francia. Durante los meses de verano esta región recibe numerosos veraneantes y los sacerdotes de la Fraternidad, como todos los años, aprovechan este tiempo para realizar actividades como esta en beneficio de muchas almas.

Visita a los grupos de Brasil

Este pasado mes de septiembre tuvimos la dicha de visitar nuevamente a nuestros amigos de Brasil.



La primera "estación" tuvo lugar en Juiz de Fora, MG, en donde pudimos encontrarnos con los miembros del grupo de Misa Tridentina, en una jornada de formación para jóvenes en primer lugar, y en la misa dominical al día siguiente.

Los fieles de la Tercera Orden en Concordia, SC, nos recibieron también con su acostumbrada hospitalidad. Los días en el sur de Brasil fueron aprovechados, entre otras cosas, para encontrarnos con los miembros del Grupo Cultural Benedicto XVI, ciudad de Chapéco. Una vez celebrada la Santa Misa, un tiempo de confraternización nos permitió conocernos mutuamente e intercambiar interesantes ideas de mutua ayuda para nuestros apostolados futuros.

Confiemos los frutos de estos encuentros a Nuestra Señora de Aparecida, Patrona de Brasil.

Fiesta de la Natividad de Virgen María, Francia



El pasado 13 de septiembre, en la parroquia de La-Londelles-Maures, se celebró la fiesta patronal de la Natividad de la Virgen María. Después de la Santa Misa, con gran devoción, se llevó a cabo una hermosa procesión por el pueblo con la imagen de Nuestra Señora. Posteriormente su párroco, el padre Carlos Hamel, inauguró un espacio de oración en los jardines parroquiales. Este espacio fue levantado gracias al aporte de los fieles y el trabajo de algunos voluntarios. Este espacio, situado a la sombra de una pinada, invita a la oración y

al recogimiento, cuenta con las estaciones del Vía Crucis y algunos rincones dedicados a los santos.

Peregrinación a Nuestra Señora de Laus

Del 4 al 8 de octubre, la comunidad de hermanas de la Fraternidad tuvimos la gracia de realizar un hermoso peregrinaje al Santuario de Nuestra Señora de Laus, situado en los Alpes del sur. En estas tierras benditas la Virgen María se apareció a una humilde pastora, Benoîte Rencurel, entre los años 1664 y 1718, para confiarle la misión de hacer construir una iglesia y una casa para sacerdotes con el fin de recibir y confesar a los peregrinos que llegaran a este lugar. En su mensaje, Nuestra Señora de Laus, recordó que Dios está con nosotros, que es un Dios cercano y misericordioso, y que espera nos reconciliemos con Él en el sacramento de la confesión.



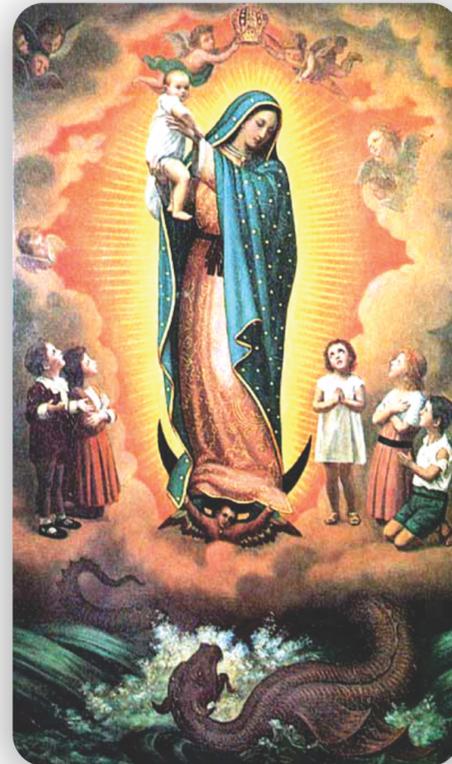
Las hermanas, además, tuvimos la oportunidad de visitar el Santuario de La Salette que se encuentra muy cerca de Laus. En este lugar, situado en las alturas de los Alpes, la Virgen María se apareció en 1846 a dos pastorcitos confiándoles la misión de dar a conocer un mensaje de la parte de Dios. Ella estaba llorando y anunció: "Si mi pueblo no quiere someterse, me veo obligada a dejar caer el brazo de mi Hijo...". Luego, recordó que la humanidad se había alejado de Dios y profetizó que vendrían tiempos muy difíciles y castigos para los

hombres si no se volvían a Él. El olvido del precepto de asistir a Misa dominical, la falta de respeto hacia los días de abstinencia en Cuaresma, la irreverencia e impiedad de los sacerdotes al celebrar la Misa, al igual que su mala vida; la infidelidad de los consagrados; los gobiernos civiles regidos por el materialismo, el ateísmo e ideologías dañinas, son algunas de las cosas que Nuestra Señora señaló. Anunció, además, que después de una larga purificación, el Espíritu Santo renovaría todas las cosas, que finalmente Dios sería servido y glorificado.

Queridos amigos y benefactores, en estos santos lugares hemos rezado por ustedes y sus intenciones, encomendándoles a la Santa Virgen.

Que Ella nos alcance la gracia de volver siempre nuestros corazones a Dios.

Oración a Nuestra Señora de Guadalupe, protectora de los niños por nacer



Esta oración fue tomada de la Guía de Liturgia de Respeto a la Vida 2010 del Secretariado para Actividades Pro-Vida de la Conferencia de Obispos Católicos de los EE.UU.

Virgen de Guadalupe, Patrona de los niños aún no nacidos, imploramos tu intercesión por todos los niños en riesgo de aborto. Ayuda a que los padres reciban de Dios el don inestimable de la vida de sus hijos. Consuela a los padres que han perdido ese don a causa del aborto, y guíalos hacia el perdón y la sanación a través de la Divina Misericordia de tu Hijo. Enséñanos a valorar y cuidar de la familia y amigos hasta que Dios los llame a casa. Ayúdanos a nunca ver a los demás como cargas. Guía a nuestros funcionarios públicos para que defiendan toda y cada vida humana a través de leyes justas. Inspíranos a llevar nuestra fe a la vida pública, a hablar por aquellos que no tienen voz. Te lo pedimos en el nombre de tu Hijo, Jesucristo, que es el Amor y la Misericordia misma. Amén.

CONTACTOS

Hermanas Fraternidad de San José Custodio
Domaine de La Castille
554 Route de la Farliède à La Crau
83210 SOLLIES-VILLE
Francia

TEL.
+33 6 07 85 34 77 (Francia)
+56 9 987 751 25 (Chile)

soeursfsjgtoulon@gmail.com

www.fsjc.fr

Facebook: Fraternidad de San José Custodio – Hermanas

Hermanos Fraternidad de San José Custodio
Presbytère-Rue Joseph Laure
83250 LA LONDE-LES-MAURES
Francia

TEL.
+33 6 47 54 53 18 (Francia)
+56 9 987 751 25 (Chile)

contact@fsjc.fr

www.fsjc.fr

Facebook: Fraternidad de San José Custodio



FRATERNIDAD DE SAN JOSÉ CUSTODIO REDEMPTORIS CUSTOS

Noviembre 2021 · Boletín trimestral nº 15



Queridos amigos y benefactores de la Fraternidad,

Hacemos llegar a ustedes una vez más el boletín Redemptoris Custos junto con nuestro fraternal saludo.

Pronto llega a su fin el año 2021, tiempo oportuno será para meditar sobre nuestra vida y su orientación. Consideremos que los años pasan rápido y no viviremos para siempre, al menos no en este mundo, entonces, nunca está demás preguntarse: ¿para qué fuimos creados? ¿hacia dónde se dirigen nuestras obras? ¿qué buscamos ganar con ellas? ¿qué debería ser lo más importante en nuestra vida? Tengamos en cuenta que muchas veces vivimos pensando únicamente en los bienes de este mundo y olvidamos que tenemos una eternidad por delante, es más, olvidamos que esta eternidad depende de la unión que en esta vida hayamos tenido con Dios.

Nuestro Señor Jesucristo nos dice en una de sus parábolas: "el Reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, quien lo encuentra lo oculta y, lleno de alegría, va, vende cuanto tiene y compra aquel campo. Es también semejante el Reino de los cielos a un mercader que busca perlas preciosas, y, hallando una de gran precio, va, vende todo cuanto tiene y la compra." (Cf. Mt 13, 44-46). Entonces, lo más importante en nuestra vida debería ser ganar el Reino de los Cielos.

Este Reino de los Cielos— que es semejante a un tesoro que se encuentra y que tanto gozo da en esta vida— no es sino la gracia que Nuestro Señor Jesucristo nos consiguió con su Encarnación, Pasión, Muerte y Resurrección, la misma que recibimos por los sacramentos y que permite a la Santísima Trinidad hacer su morada en nosotros. Repasemos nuestro catecismo: "nuestra justificación es obra de la gracia de Dios. La gracia es el favor, el auxilio gratuito que Dios nos da para responder a su llamada: llegar a ser hijos de Dios (cf Jn 1, 12-18), hijos adoptivos (cf Rm 8, 14-17), partícipes de la

naturaleza divina (cf 2 P 1, 3-4), de la vida eterna (cf Jn 17, 3). La gracia es una participación en la vida de Dios. Nos introduce en la intimidad de la vida trinitaria" (CCE n. 1996, 1997). Por la gracia (o gracia santificante) nos hacemos herederos del cielo, cielo que será para toda la eternidad.

¡Qué gran tesoro es este don! Vale la pena dejarlo todo por él, tal como nos dice Nuestro Señor Jesucristo en su parábola.

Pues bien, consideremos que, después el bautismo, la Santísima Trinidad pone su morada en nosotros, pero, cuando pecamos mortalmente, la perdemos lastimosamente. En efecto, el catecismo enseña: "el pecado es una ofensa a Dios. El pecado se levanta contra el amor que Dios nos tiene y aparta de Él nuestros corazones" (CCE n. 1850). Así, podemos ver que las consecuencias del pecado son terribles, no sólo nos hace perder la amistad con Dios, sino que también puede conducirnos a la condenación eterna.

¡Cuántos mártires lo perdieron todo: bienes, fama y la vida, todo por conservar el gran tesoro de la gracia, ¡lo perdieron todo por ser fieles al amor a Dios por sobre todas las cosas! Ahora bien, es muy probable que Dios no nos pida que seamos mártires, pero sí que nos desprendamos de los bienes de este mundo y le demos a Él el primer lugar; así es, recordemos que "hemos sido creados para alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor, y mediante esto, salvar nuestra alma" (Ejercicios Espirituales, San Ignacio de Loyola), y que debemos hacer uso de los bienes "tanto cuanto nos acercan a nuestro fin y que debemos prescindir de ellos tanto cuanto nos alejan del mismo." (ibid.)

Procuremos pues, en nuestra vida, alcanzar y conservar el tesoro escondido. Que Nuestra Señora del Rosario, que celebramos en el mes de octubre, nos ayude a alcanzar las promesas y gracias de Nuestro Señor Jesucristo.

Rama Femenina

Nuestra Señora de Guadalupe, protectora de los niños por nacer

En 1999, el papa san Juan Pablo II en su cuarta visita a México declaró, el 12 de diciembre día de Nuestra Señora de Guadalupe, fiesta litúrgica para todo el continente americano. En la misma visita confió a Nuestra Señora la causa de la vida, encomendando especialmente a su maternal cuidado las vidas de los niños inocentes que se encuentran en peligro de no nacer. Pues bien, la piedad popular, desde siempre, atribuyó esta tarea protectora a Nuestra Señora de Guadalupe, no solo porque ella se mostró encinta —como la vemos en la hermosa imagen que nos regaló el día de su aparición en México—, sino también porque en el tiempo de sus apariciones los indígenas realizaban numerosos sacrificios humanos, especialmente de niños, que cesaron completamente hasta desaparecer después que el mensaje de Nuestra Señora fue recibido. Se estima que en el siglo XV las personas sacrificadas en México central llegaban a 250.000 por año (según el historiador Woodrow Borah) ¡cifra increíble! Sin embargo, en nuestros tiempos, la cantidad de niños que no nacen por causa del aborto, alcanza una cifra mucho más elevada, unos 55,7 millones al año a nivel mundial, según la OMS. Para tener una idea de esta cifra, consideremos que los habitantes de un país como España son 46,3 millones. Ante tal injusticia, todos tenemos el deber de hacer algo por impedir el aborto, podemos comenzar por invocar la maternal protección de nuestra madre del cielo.



Las apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe acontecieron en diciembre 1531, cuando la Santísima Virgen María se apareció a un indígena llamado Juan Diego, en el cerro del Tepeyac, en las afueras de un pequeño poblado cerca de la Ciudad de México. Ella vestía como una princesa azteca y se identificó como *“la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios, por quien se vive”*. El hombre pobre y humilde —quien fue declarado un santo en 2002— informó a su obispo sobre las apariciones de la Virgen y sobre su deseo que se le construyera en ese sitio, un templo. El obispo pidió a Juan Diego una señal para comprobar que estaba diciendo la verdad. Cuando Juan Diego le pidió a la Virgen María esta señal, ella le dijo que subiera a la cumbre del cerro y cortara algunas rosas. Aunque era raro que crecieran rosas en diciembre, él pudo llenar con ellas su tilma (especie de poncho). Cuando regresó con el obispo, abrió su tilma y las rosas frescas cayeron al suelo, al instante apareció milagrosamente la imagen de Nuestra Señora. El obispo se arrodilló a sus pies y mandó construir un templo en el cerro del Tepeyac.

La tilma prodigiosamente se mantiene intacta a pesar de tener unos 490 años y que el material normalmente dure menos de 20; además, no sufrió daños después de las inundaciones del siglo XVII, tampoco tras el impacto de una explosión de bomba en 1921. Por la riqueza de sus símbolos, la imagen constituye un verdadero códice azteca. La imagen muestra a Nuestra Señora vestida con prendas tradicionales de la realeza azteca, sus cabellos sueltos indican virginidad, la cinta negra alrededor de su cintura, embarazo; la flor *“Nahui Ollin”* estampada en su vestido representa la presencia de Dios. En efecto, Nuestra Señora de Guadalupe ha manifestado llevar en su vientre al Hijo divino a punto de nacer, el hijo que dará al mundo para la salvación de todos. De este modo también quiere enseñarnos que la vida humana, desde el momento de la concepción hasta la muerte, es sagrada; precisamente porque ella se recibe de Dios, del *“verdadero Dios por quien se vive”*, como un don.

Pues bien, en nuestros tiempos, parece increíble que se acepte con tanta naturalidad la liquidación de la vida humana desde el vientre de la madre y que en muchos países del mundo este crimen esté protegido por la ley, fomentado por organizaciones mundiales, políticas y científicas,

y financiado en gran parte por magnates quienes aseguran hacerlo por *“el bien de la humanidad”*.

San Juan Pablo II en la Encíclica Evangelium vitae, después de una amplia exposición de la doctrina católica al respecto, expresa: *“Por tanto, con la autoridad conferida por Cristo a Pedro y a sus Sucesores, en comunión con los Obispos de la Iglesia católica, confirmo que la eliminación directa y voluntaria de un ser humano inocente es siempre gravemente inmoral. Esta doctrina, fundamentada en aquella ley no escrita que cada hombre, a la luz de la razón, encuentra en el propio corazón (cf. Rm 2, 14-15), es corroborada por la Sagrada Escritura, transmitida por la Tradición de la Iglesia y enseñada por el Magisterio ordinario y universal (Concilio Vaticano II, Const. Lumen gentium, 25). **La decisión deliberada de privar a un ser humano inocente de su vida es siempre mala desde el punto de vista moral y nunca puede ser lícita ni como fin, ni como medio para un fin bueno. En efecto, es una desobediencia grave a la ley moral, más aún, a Dios mismo, su autor y garante; y contradice las virtudes fundamentales de la justicia y de la caridad. «Nada ni nadie puede autorizar la muerte de un ser humano inocente, sea feto o embrión, niño o adulto, anciano, enfermo incurable o agonizante. Nadie además puede pedir este gesto homicida para sí mismo o para otros confiados a su responsabilidad ni puede consentirlo explícita o implícitamente. Ninguna autoridad puede legítimamente imponerlo ni permitirlo» (Congregación para la Doctrina de la Fe, Declaración lura et bona, sobre la eutanasia (5 mayo 1980), II: AAS 72 (1980), 546)” (EV, 57)”***.

*“Hoy, sin embargo, la percepción de su gravedad se ha ido debilitando progresivamente en la conciencia de muchos. La aceptación del aborto en la mentalidad, en las costumbres y en la misma ley es señal evidente de una peligrosísima crisis del sentido moral, que es cada vez más incapaz de distinguir entre el bien y el mal, incluso cuando está en juego el derecho fundamental a la vida. Ante una situación tan grave, se requiere más que nunca el valor de mirar de frente a la verdad y de llamar a las cosas por su nombre, sin ceder a compromisos de conveniencia o a la tentación de autoengaño (...) **el aborto procurado es la eliminación deliberada y directa, como quiera que se realice, de un ser humano en la fase inicial de su existencia, que va de la concepción al nacimiento.” (EV, 58)”***

Pues bien, como vemos, la enseñanza de la Iglesia es bien clara.

Por último, tengamos en cuenta que hace quinientos años el continente americano recibió a nuestro Señor Jesucristo, luz de las naciones, y que fue marcado con el signo de su Cruz salvadora. Consideremos que fue su Madre Santísima la *“primera evangelizadora de América Latina”*, reconocida así por el papa Juan Pablo II, precisamente por llevar en su vientre esta luz que alumbró a todo el continente. Gracias al mensaje de Nuestra Señora, miles de personas se convirtieron a la religión del verdadero Dios, dejando ídolos y sacrificios humanos, para seguir a Jesucristo y entrar así en la gran misericordia del Padre.

Ella dijo a Juan Diego, y lo dice hoy a todos los cristianos: *“¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre? ¿no estás bajo mi sombra? ¿no soy yo tu salud? ¿no estás por ventura en mi regazo? ¿qué más has menester? No te apene ni te inquiete otra cosa...” (Nican Mopohua, Relato de las apariciones de Ntra. Sra.).*

Que Nuestra Señora de Guadalupe, nuestra Madre, nos alcance de Dios las gracias necesarias para confesar sin miedo nuestra fe, nos ayude a mirar de frente la verdad y de llamar a las cosas por su nombre, nos dé el coraje para defender la vida del niño inocente e indefenso que está por nacer. Que Ella nos inspire en el modo de cumplir con el deber de proclamar esta verdad en nuestro entorno y a todo el mundo.

Rama masculina

La santificación de nuestras relaciones sociales – Del Compendio de Teología ascética y mística, de Adolphe Tanquerey. (nn. 584-588)

Queridos amigos, les proponemos una serie de pasajes de la obra Compendio de teología ascética y mística, del padre Adolphe Tanquerey (1854-1932). Se trata de un clásico de la teología espiritual. Reproduciremos los puntos referentes a la santificación de nuestras relaciones sociales. En el presente boletín se exponen los principios generales; en los números siguientes, las aplicaciones de los mismos. Esperamos que sean de provecho.

“Hasta el presente no hemos hablado sino de las relaciones del alma con Dios, bajo el gobierno del director. Mas a las claras se ve que hemos de tratar con muchas otras personas, y tener relaciones de familia, de amistad, de profesión, de apostolado. Todas podemos y debemos santificarlas, para que sirvan de ese modo para más confirmarnos en la vida interior. Para más fácilmente santificarlas, expondremos los principios generales que han de gobernar dichas relaciones, e inmediatamente haremos aplicación de ellos a las principales de éstas.

Principios Generales

1º En el primitivo plan de la creación, el fin de las criaturas era llevarnos a Dios, trayendo a nuestra consideración al que es la causa efectiva y ejemplar de todas las cosas. Mas, después de la caída, nos atraen de tal suerte que, si no ponemos cuidado, nos apartan de Dios, o, por lo menos, retrasan nuestro caminar hacia él. Hemos, pues, de obrar en contra de esta tendencia, y, con espíritu de fe y de sacrificio, valernos de las personas y de las cosas como de medios para ir a Dios.

2º Mas, de las relaciones que tenemos con las personas, unas hay que las quiere Dios, como son las relaciones de familia, o las que nos imponen las obligaciones de nuestro estado. Estas relaciones debemos conservarlas y elevarlas al orden sobrenatural. No quedamos exentos de nuestras obligaciones porque aspiremos a la perfección; sino que, por el contrario, estamos obligados a cumplirlas mejor que los demás. Mas hemos de sobrenaturalizaras, encaminándolas a nuestro último fin, que es Dios Nuestro Señor. Lo mejor, para hacerlo así, será considerar a las personas, con las cuales tratamos, como si fueran hijos de Dios y hermanos de Jesucristo, respetarlas y amarlas, en cuanto que poseen dotes que son reflejo de las perfecciones divinas, y

están destinadas a participar de la vida y gloria del cielo. De esta manera honramos y amamos a Dios en ellas.

3º Hay, por el contrario, relaciones peligrosas o malas, cuyo fin es hacernos caer en el pecado, ya fomentando en nosotros los gustos del mundo, ya haciéndonos poner nuestro afecto en las criaturas por el placer sensible o sensual que sentimos en su compañía, y en el que corremos peligro de consentir. Debemos huir de tales ocasiones cuanto nos sea posible; y, si no pudiéramos evitar la ocasión misma, debemos alejarla moralmente fortaleciendo nuestra voluntad contra la afición desordenada a dichas personas. Obrar de otra manera es poner en grave riesgo la propia santificación y salvación; porque quien ama el peligro, en él perecerá (cf. Eccl 3, 26). Cuanto mayor sea nuestro deseo de la perfección, tanto más debemos huir de las ocasiones peligrosas, como más adelante diremos al hablar de la fe, de la caridad y de las demás virtudes.



4º Por último, hay relaciones que no son buenas ni malas en sí mismas, sino simplemente indiferentes, que pudieran ser, según las circunstancias y la intención, provechosas o nocivas: tales son, por ejemplo, las visitas, las conversaciones y las diversiones. El alma que cuida de la perfección, convertirá en buenas estas relaciones por la pureza de intención y la moderación que pone en todas las cosas. De primeras no procurará en ellas sino que sean útiles para la gloria de Dios, el bien de las almas, o para la necesaria expansión que pide la salud del cuerpo, o el bienestar del alma. Luego, al hacer uso de ellas, se ejercitará en la prudencia, la modestia y la templanza, que todo lo endereza al orden dispuesto por Dios. Nada, pues, de largas pláticas ociosas, que son una pérdida de tiempo, y ocasión para faltar a la humildad y la caridad; lejos de nosotros las diversiones prolongadas e inmoderadas, que cansan el cuerpo y rinden el alma. En suma, hemos de tener siempre delante de nosotros la regla que da el Apóstol: Y todo lo que hacéis, sea de palabra o, de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él. (Col., III, 17)”

Historias de San José

San José es, sin duda, uno de los personajes más misteriosos de la hagiografía. Y es, también sin duda, el mayor santo después de Jesús y de María. Su nombre aparece sólo en el Nuevo Testamento: en san Mateo y en san Lucas; y esporádicamente en san Juan. Y siempre en función de Jesús. Jesús fue el centro de su vida y ese es el mayor legado de san José y lo que debemos aprender con él. *“Si con Él sufrimos, con Él reinaremos”* (2Tm 2,12). Así san José en el cielo goza del fruto de toda su dedicación al Señor como san Bernardino nos lo enseña en su famoso sermón sobre San José. Es este el santo que hoy nos va a guiar en nuestra meditación. ¡Qué san Bernardino de Siena interceda por nosotros y nos alcance una devoción siempre mayor hacia san José!

“Si lo comparas a toda la Iglesia de Cristo: ¿no es éste el hombre elegido y singular, por el cual y bajo el cual Cristo entró en el mundo ordenada y honestamente? Luego si a la Virgen Madre es deudora toda la Iglesia santa, porque ha sido hecha digna por Ella de recibir a Cristo; así ciertamente a éste, debe la Iglesia, después de Ella, agradecimiento y reverencia singular.

Pues esta es la llave que cierra el Antiguo Testamento, en que la dignidad patriarcal y profética consigue el fruto prometido. Pues éste es el único que poseyó corporalmente, lo que a aquéllos les había prometido la divina dignación. Con razón pues es figurado por aquél patriarca José, que guardó para los pueblos el trigo. Pero éste sobresale por encima de aquél porque no sólo da a los egipcios el pan de la vida corporal, sino que con mucha solicitud alimenta a todos los elegidos con el pan del cielo que da la vida celeste [...]

En las palabras “siervo bueno y fiel” se expresa también la sublimidad de su glorificación, al concluir: entra en el gozo de tu Señor. Ciertamente no hay que dudar de que Cristo no le negó en el cielo, antes bien completó y llevó a perfección, aquella familiaridad, reverencia y dignidad en gran manera sublime, que respecto a él mostró al tratarle en lo humano como trata un hijo a su padre. Por esto se añade: entra en el gozo de tu Señor.

Porque, aunque el gozo de la eterna bienaventuranza penetra en el corazón del hombre, prefirió el Señor decir entra en el gozo. Para insinuar místicamente que aquel gozo no sólo está dentro de él, sino que por todas partes le circunda y le absorbe y le sumerge como en un abismo infinito.

Hay que creer piadosamente, aunque no afirmarlo con certeza, que el piadosísimo Hijo de Dios, Jesús, dotó al que era considerado como su padre con el mismo privilegio que a su Madre Santísima, de modo que así como Ella fue asunta al cielo gloriosamente en cuerpo y alma, así también en el día de su Resurrección el Señor tomó consigo al santísimo José en resurrección gloriosa. Así como aquella Santa Familia, Cristo, María y José, en esta trabajosa vida y

amorosa gracia vivieron juntos en la tierra: así ahora con amorosa gloria reina en cuerpo y alma en el cielo; según la regla del Apóstol, II Corintios 1: “Así como fuisteis compañeros de las penas, así lo seréis de la consolación”

Oración

Oh san José, cuya protección es tan grande, tan fuerte y tan inmediata ante el trono de Dios, a ti confío todas mis intenciones y deseos.

Ayúdame, san José, con tu poderosa intercesión, a obtener todas las bendiciones espirituales de tu Hijo adoptivo, Jesucristo Nuestro Señor, de modo que, al confiarme aquí en la Tierra a tu poder celestial, te tribute mi agradecimiento y homenaje.

Oh san José, yo nunca me canso de contemplarte con Jesús adormecido en tus brazos. No me atrevo a acercarme cuando Él descansa junto a tu corazón. Abrazale en mi nombre, besa por mí su delicado rostro y pídele que me devuelva ese beso cuando yo exhale mi último suspiro. ¡San José, patrono de las almas que parten, ruega por mí! Amén.

